

UN Credo LIBERTARIO

Influencia franciscana en América Latina

La utopía franciscana de pobres entre pobres, su accionar en América, su influencia en Artigas y su legado hoy son abordados en un libro de reciente edición.

Un libro que a muchos, en verdad, les resultará sorprendente. Su objetivo expreso es reconocer y reafirmar los movimientos libertadores americanos, demostrando que sus raíces se habían vivido hace trece siglos con la utopía franciscana, concebida contra la burguesía feudal y burguesa, para establecer en su lugar una vida de "pobres entre pobres". Las aspiraciones de libertad surgieron así en América como remembranzas de esa utopía, y como reacciones contra la corona española y sus fines políticos y económicos depredatorios.

Dos congresos efectuados en Quito en 1991 y 1992, a los que concurren delegados de varios países, permitieron al Centro Franciscano de Documentación Histórica (Cefradohis) elaborar una decena de artículos con la importante colaboración del profesor uruguayo Mario Cayota, autor hace pocos años de un preanuncio muy documentado y concienzudo, el libro titulado *Siembra entre brumas*, y que ahora colaboró en este volumen titulado *Indoamérica*; cinco siglos de historia franciscana. Los panelistas quiteños acordaron reconocer la influencia franciscana, coincidente en aspectos fundamentales con el espíritu que alentaba en los denominados "indígenas", en especial en los aztecas. Debieron para ello superar la usual tendencia de descalificarlos como "bárbaros" atribuyéndoles una perversidad inabarcable, por sacrificar con frecuencia seres humanos, incluso niños y mujeres, sacrificios que en realidad se cometían a raíz de creencias muy hondamente arraigadas en sus espíritus de inocencia elemental; la vida y la muerte, el trastorno físico inclusive, les era necesario unificarlos en experiencias complejas, como sucedía más simplemente con nuestros charras, quienes al morir un compañero se mutilaban las falanges y se sangraban los brazos desde los hombros, en procura de una solidaridad total del cuerpo y del alma; actitud, corresponde señalar, totalmente opuesta a la violencia calculadamente destructora del "otro" como enemigo total, en que incurrieron los "civilizados" europeos.

Obras muy documentadas del siglo XVI, como las de los frailes Sahagún, Motolinia y Mendieta, coinciden en rehabilitar la auténtica simplicidad del alma de los aborígenes. En esas primeras décadas lograron los franciscanos conciliar sus actitudes con las de los



Inocencio III escucha a Francisco de Asís explicar su proyecto.
Fresco Basilica Superior de San Francisco.

aztecas en muy diversas circunstancias, siendo así que creencias disímiles, la conciencia mítica americana y la evangélica europea, los condujeron en esos años a un acuerdo considerable de respeto y de afecto fraternal. Pero las épocas cambian. En la Edad Media el naciente franciscanismo pudo abrirse paso enfrentando las concepciones medievales que, si bien eran radicalmente oligárquicas, permitían subsistir gracias a las facilidades que proporcionaba una economía esclavista, mientras la época actual es muy distinta, con un mercantilismo y un consumismo manejado desde arriba que conduce en todo el planeta a un gradual exterminio de los pueblos y de la naturaleza, con agujeros tanto en el ozono como en la población. Vivimos de esa manera en una anti-utopía inelmente, en un Nuevo Orden político internacional, concentrando el "goce" de la riqueza del mundo en el 8 por ciento de la población, a costa del resto de la humanidad, en una hegemonía del capital que hoy, tecnología y universalidad mediante, invade y corrompe la mentalidad y la moral en el mundo entero. Por tal razón, este libro, tan esperanzado y fervorosamente humano, no puede dejar de conmovernos. Es una réplica laiente a este "fin de la historia" que pronostican y fomentan quienes carecen de los más elementales escrúpulos morales, imponiendo un capitalismo "feliz", pero solamente para un sector privilegiado de la población. El Nuevo Orden así instaurado actualmente no es sino una prolongación y agravamiento del antiguo desorden contra el cual se originara el franciscanismo en pro de la fraternidad esencial que debiera establecerse entre todos los seres humanos. En tal sentido, se recorren en esta obra los seis siglos en que

ese sentimiento promovió esperanzados nacimientos. Lamentablemente tales reacciones no fueron, en algunos casos, reconocidas en su verdadera significación, aunque promovieron no obstante entre nosotros, con Artigas, movimientos de liberación compartidos por los aborígenes como expresión de un impulso auténtico de redención y de confraternidad, al contrariar los designios de dominio y explotación con que se descalificaba política y económicamente al paisanaje y a la indiana.

Sobran los testimonios de la influencia franciscana en la gestión de Artigas. Ya desde que su abuelo fuera distinguido por los franciscanos con atribuciones importantes, se amontonan los antecedentes. Exalumno del colegio franciscano de Montevideo, Artigas recibió en sus primeras actividades revolucionarias el constante alencionamiento de su pariente y amigo el padre franciscano Monterroso, quien debiendo emigrar a Salta y posteriormente a Córdoba, se convirtió al regresar en 1814 en secretario de Estado y en hombre de confianza de Artigas. Así fue que en el Reglamento de Tierras de 1815 se distinguió a los indios con derechos materiales, al privilegiar entonces a "los más infelices". En toda su actuación tuvo el artiguismo un ostensible "carácter utópico, milenarista, apocalíptico, mesiánico y profético". Fueron expresión reveladora las fundaciones de Carmelo en honor de la Virgen del Carmen, y de Purificación, designación impuesta por el P. Monterroso, ciudad que los "civilizados" quisieron hacer pasar como lugar de torturas y de muerte, cuando su nombre mismo alude a la Santificación de la Virgen María como ciudad-madre, profética y me-

siánica, a la cual alude el Protector de los Pueblos Libres al dirigirse a las tropas acantonadas frente a Montevideo, diciéndoles: "Hijos míos y pueblos libres, por venir a veros he dejado mi paraíso". La evocación del nacimiento de Jesús suscita en Artigas una propensión mesiánica, como la calificara su ahijado Andresito en arengas donde invocaba ese carácter, así como los indios abipones al venir desde Corrientes buscando la protección del héroe, del "tubichá guazú", o "gran cacique blanco", esperado durante siglos. Fue conducido por su amor al indio que el héroe dispuso que luciera en lo alto del escudo patrio una corona de plumas, simbolizando con esa presencia cimera la primacía efectiva de los indios, de quienes era "el principal derecho", tal cual lo expresara en 1815. Cabe aclarar que, lejos de querer imponer una creencia dogmática, Artigas, en sus Instrucciones del año 13 propuso una libertad civil y religiosa "en toda la extensión imaginable", a lo que se opuso el Cabildo de Soriano formado casi por entero por españoles. En suma, por lo que dice el P. Juan A. Cortés, y como lo expresara documentalmente Petit Muñoz en 1950, "la corriente histórica representada por el artiguismo era la más fecunda de cuantas se movían entonces por el mundo", dicho con muy sensata convicción.

A pesar de la luminosidad espiritual que este libro infunde, no deja de suscitarnos dudas difíciles de desvanecer. Nuestra historia fue demasiado ilustrativa de las dificultades que se debieron enfrentar, así como del fracaso final de las tentativas emprendidas por Artigas con tanta integridad. Para los franciscanos, empero, recobrar la memoria es una expresión de fidelidad ante los sufrimientos de los pueblos y un impulso indispensable hacia la gestación de un pensamiento limpiamente latinoamericano. En tal sentido la armonía entre el hombre y la naturaleza que tan fielmente sentían nuestros primitivos pobladores, así como el protagonismo de los pobres inspirado en el franciscanismo, se nos imponen como ideales superiores. Se sabe que entre los franciscanos y los aztecas se formalizó en las primeras décadas del siglo XVI una empatía que promovió un reconocimiento mutuo de creencias y de sentimientos. Aparte tendencias idolátricas inaceptables, los franciscanos concibieron entonces la muy deseable posibilidad de establecer una Iglesia Indiana. Pero —expresa adecuadamente Cayota— "no se trata de repetir experiencias en forma mecánica. Más que un modelo, el prototipo franciscano es más bien un arquetipo. Los modelos se repiten; los arquetipos se recrean". Qué difícil es prever, no obstante, por qué caminos, además de la toma necesaria de conciencia, será necesario transitar. Y no deja de preocupar el hecho de que la actitud franciscana de obediencia y respeto facilita la preponderancia del rigor autoritario existente en la sociedad actual. De ahí que sean hoy inconcebibles gestas como la de Artigas. La hegemonía mundial de los poderes vigentes reabsorbe todo recurso, toda actitud, toda intención que afecte el manido repertorio de las situaciones imperantes. El utopismo debe en consecuencia superar obstáculos de muy difusa urgencia, confiando en que algunas fecundas "siembras entre brumas" puedan conducir, mediante procedimientos viables, hacia alguna clase efectiva de esclarecimientos decisivos.

Washington Lockhart

Indoamérica: cinco siglos de historia franciscana. Centro Franciscano de Documentación Histórica (Cefradohis). Montevideo, 1993.

Imprimimos sus
Facturas y Remitos
de acuerdo a las
nuevas normas

IMPRESOS
URGENTES

prontográfica

Cerro Largo 850

Fax: 92 31 72